

ligion permanente filosófica para sus imperios, los tres cultos que concurrían á constituir su dogma, su moral y su civilizacion. Alejandro no tenia mas pensamiento que el asombrar á la posteridad; César codiciaba el imperio, Gengis el espacio, Napoleon la gloria; Timur, como Carlo Magno, tenia además el estímulo de la religion; para ser el Carlo Magno de los tártaros solo le faltó tiempo, pero la providencia maldice esos diluvios de sangre humana, cualquiera que sea el móvil que impulse á esos azotes de la tierra á derramarla; y nada germina en esos rios de sangre mas que esos nombres estériles que engrandecen á un hombre afligiendo y anonadando á la humanidad. Así apareció y desapareció Timur, el hermano de raza, pero el Cain de los otomanos. Volvamos á ellos.

---

## LIBRO NOVENO

## I

En el momento en que huía Bajazet, despues de hacer heroicidades, del campo de batalla de Ancyra ó de Angora, donde habia perecido su fortuna, hemos visto que sus cuatro hijos, última esperanza de su sangre, huían como él entre las sombras de la noche para librarse del hierro ó de los calabozos de los tártaros. Uno de sus hijos, Muza, habia sido cogido y llevado con su padre al campamento de Timur; el primogénito, Soliman, pasaba las montañas de la pe-

nínsula para abordar las orillas del Euxino y refugiarse por mar en Andrinópolis con el gran visir, Ali-Bajá, y el aga de los genizaros, Hassan; el segundo hijo, Mohammed, de quince años escasos de edad, cubierto de heridas y recogido en el campo de batalla por uno de los mas intrépidos generales de su padre, llamado Bayezid-Bajá, habia logrado abrirse paso sable en mano por en medio de los tártaros que se lo cerraban, á atravesar á Tokat, todavía libre, y encerrarse con su salvador en la fortaleza de Amasia.

El heroismo se anticipaba á los años en aquel muchacho. El poema histórico persa del Schah Nameh se complacia en cantar las proezas de su infancia. Bloqueado en Amasia por uno de los generales de Timur, Mohammed peleó en una salida cuerpo á cuerpo con el emir tártaro y lo mató con una flecha de su arco. Los otomanos del Asia Menor, conmovidos con la bravura desesperada del hijo de su sultan, y fiados en la pericia militar de Bayezid-Bajá, acudieron en tropel á Amasia, y formaron una division, que venció en todas partes á los destacamentos tártaros. Timur, que queria castigar pero no destruir la raza de Othman, hizo invitar al jóven Mohammed á que viniera con seguridad á su campamento. Deseoso de ver á su padre prisionero del khan, luego retraido por los consejos de Bayezid-Bajá, que temia un lazo

en la invitacion de Timur, avanzó primero y se retiró despues combatiendo siempre en su marcha. El sitio de Esmirna habia desembarazado casi completamente el interior de la Anatolia de las tropas de Timur. Mohammed ocupó allí el espacio que abandonaron los tártaros. La partida del conquistador hácia Samarcanda y las refriegas incesantes de Mohammed contra los príncipes turcomanos restaurados por los tártaros, le ayudaron á recobrar parte de las posesiones de su padre en aquel país. Reinaba de hecho en Amasia y Tokat, y reconquistaba á Siwas, sin prestar atencion á los derechos de primogenitura y á las pretensiones de sus hermanos.

## II

Entretanto, Soliman, su hermano mayor, despues de haber atravesado el Ponto Euxino con el gran visir Ali y con Hassan, aga de los genizaros, los dos depositarios del imperio, habia llegado á Constantinopla, y celebrado de paso una alianza, frecuente entónces, con el emperador griego. Por prenda recíproca de la indisolubilidad de ésta alianza entre el

heredero de Constantino y el heredero de Othman, Soliman se habia casado con Teodora, sobrina del emperador, y habia dejado en la córte de Bizancio á su propia hermana, la sultana Fátima, hija de Bajazet. Soliman, despues de esta alianza, que le aseguraba la tranquilidad de Europa, habia ido á Andrinópolis á apoderarse del trono, del gobierno y del ejército.

### III

Isa, tercer hijo de Bajazet, se habia refugiado sin contratiempo en Brusa, cuyas ruinas humeaban todavía, y secundado por el poderoso Timurtasch, libre despues del reflujo de los tártaros, intentaba hacerse reconocer como sultan en Anatolia, que le disputaban Mohammed, Muza y Soliman. Los generales y los bajás del sultan cautivo ó muerto se habian unido segun sus inclinaciones ó su ambicion á los diferentes pretendientes al trono. Yacub-Bajá, que habia adquirido mucha fama disputando la ciudad de Angora á Timur, mandaba el ejército de Mohammed; Timurtasch mandaba el de Isa. La sangre otomana

corrió por la primera vez en una guerra intestina en el desfiladero de Ermeni, defendido por Timurtasch contra Yacub. Vencido aquel, se retiraba hácia el lago de Ulubad con los restos de las tropas de su pupilo Isa, cuando pereció una noche en su tienda, asesinado por su esclavo. Este llevó la cabeza de Timurtasch al jóven Mohammed, que triunfaba de aquella suerte de su hermano Isa. Mohammed envió la cabeza á Andrinópolis á su hermano mayor Soliman, para probarle que quedaba dueño del Asia y de Brusa, y decidirlo á que dividiera el imperio con él. Soliman gozó con la muerte de un astuto enemigo de su causa, y disimuló con Mohammed.

Mohammed entró sin competidor en Brusa, á la cabeza de un ejército victorioso. Isa fué á gemir y conspirar á Constantinopla, refugio de los príncipes otomanos, que perdian sus dominios. Muza, cautivo del príncipe de Kermian, á quien Timur habia dejado en rehenes al partir, fué restituido á Mohammed con los despojos mortales de Bajazet, que no habian recibido aun los honores del sepulcro.

## IV

Entretanto, Isa, alentado por Soliman, y asistido por el emperador griego de Constantinopla, volvió al Asia, reunió diez mil otomanos, devastó la provincia de Mohammed, y llegó hasta los bosques del Olimpo con intencion de penetrar en Brusa. Vencido de nuevo por Mohammed, los príncipes de Aidin, de Tekke, de Mentesehe, que habian abrazado su causa, cayeron en poder de Mohammed. El de Sarukan, sorprendido en el baño por los vencedores, solo pidió á Mohammed que lo sepultaran en la tumba de sus antepasados, en el delicioso valle de Magnesia, cuyo cielo seria todavía dulce á sus manes. Otorgósele este supremo favor. Isa, que habia debido su salvacion á la velocidad de su caballo, se retiró á las peñas mas elevadas del Taurus que dominan el golfo profundo de Satalia : allí vivió entre los pastores, y desapareció sin haber dejado rastro ni memoria. Los antros de las rocas de Satalia lo ocultaron para siempre, del mismo modo que los cadáveres del campo de batalla de Angora habian ocultado el cuerpo de su hermano Mustafá.

## V

Pero el voluptuoso Soliman, indiferente hasta entonces ó inmóvil, y no apreciando del imperio mas que la molicie y los placeres del serrallo de Andrinópolis, no podía dejar impunemente que el menor de sus hermanos consolidara su dominacion en Brusa. Secundado por Manuel Paleólogo, destronado y restaurado en Bizancio, pasó la Propóntide con un ejército compuesto por iguales partes de otomanos y albaneses. Ahuyentó con el número y el derecho á Mohammed de Brusa, entró como sultan en la capital de Asia, y bajó desde allí á Esmirna para castigar á Djunejd, traidor á su familia, que habia fundado un principado independiente en Jonia sobre las ruinas del imperio otomano. Por remordimiento ó debilidad, al aproximarse Soliman, Djunejd abandona su ejército por la noche y se presenta con la aurora solo y la cuerda al cuello á la entrada de la tienda del sultan, implorando su perdon. Desconcertada su tropa con aquella desercion, se dispersa; Soliman la persigue, entra en Efeso, despliega allí el lujo de un

emperador, y haciendo tomar á su visir Alí-Bajá el camino del valle del Caistro, lo envia á pelear contra su hermano Mohammed á Tokat y Angora. Evita este el combate retirándose por otros valles, y avanza inopinadamente contra Brusa, donde sitia á Soliman, que habia vuelto de Efeso á gozar de las delicias de su capital de Asia. Soliman estaba bañándose cuando le anunciaron que las tropas de su hermano estaban al pié de las murallas. Él pensaba ya en huir á Europa. Una conspiracion en el ejército de Mohammed, y la desaparicion de su escancador, inquietan á este príncipe y lo hacen retroceder hasta Ienischy. Muza, su segundo hermano, que habia abrazado la causa de Mohammed, se ofrece á ir á Andrinópolis á levantar el pendon de la tercera guerra civil contra Soliman. Mohammed lo alienta; Muza parte, va á formar un ejército en Servia y Bulgaria para atacar á su hermano. Soliman atraviesa la Propóntide con la flor de sus parciales, pide en Constantinopla al emperador griego el apoyo prometido por el tratado, acampa bajo los muros de la ciudad y aguarda á Muza. Durante la batalla entre los dos hermanos fuera de las murallas de Constantinopla, los servios se pasan á Soliman. Fortificado el sultan con esta defeccion, persigue á Muza y entra en Andrinópolis. Muza, abandonado y fugitivo vaga solo y sin esperanza por las

breñas del monte Hemus, espiando la ocasion de vengarse, y reuniendo uno á uno algunos epirotas para intentar otra vez la fortuna desesperada de la usurpacion.

## VI

Soliman, como la mayor parte de los hijos de su raza, no tenia energía mas que en el peligro. Su valor era un acceso de heroismo; la confianza la adormecia. El amor, la caza, los festines, el descanso en sus vergeles, al borde de las aguas que bañan y refrescan el valle de Andrinópolis, extinguian su actividad. La embriaguez del vino, cuya aficion habia adquirido entre los servios, embotaba su misma ambicion. Su palacio resonaba con cánticos desordenados, hijos de la crápula; su haren lo ocupaba mas que su consejo: pasaba semanas enteras sin salir de las habitaciones de las mujeres, en donde los eunucos hacinaban para recrear sus ojos las mas hermosas odaliscas de la Mingrelia, de la Persia y de Chio.

Muza, por el contrario, fortificado con la adversi-

dad, endurecido con la fatiga, obstinado contra la fortuna, recorría sin cesar con una banda de intrépidos partidarios las gargantas del monte Hemus. El mismo desprecio con que era mirado constituía su fuerza. A una señal dada en todas las montañas, aquella banda de partidarios, convertida de repente en ejército, apareció ántes de amanecer á las puertas de Andrinópolis. Escasamente había quien se atreviera á perturbar el sueño de Soliman con una noticia importante. Todos sus visires y todos sus oficiales se rechazaban mutuamente el deber y el peligro de prevenirlo. El jefe de los eunucos, viejo muy adicto á su señor, se encargó de comunicar la fatal nueva á su amo. Soliman, apoyándose ligeramente en el codo, le respondió con sonrisa desdeñosa, repitiendo unos versos persas que aconsejan á *los bebedores y á los amantes que dejen las penas para el día que las disipa, y la noche para los sueños que engañan hasta los males mismos.*

El viejo general griego renegado, Evrenos Beg, creyó que el sultan tendría mas fé en su experiencia y en sus años. « Has recaído en la infancia, le dijo « Soliman, para imaginarte que el caudillo de un « puñado de bandidos podría destronar al sultan de « los otomanos en su capital? »

El aga de los genizaros, el fiel Hassan, aquel que

había salvado á Soliman en la batalla de Angora, juzgó que podría elevar la voz con mas autoridad para salvar por segunda vez á su señor. Su franqueza pareció una ofensa á Soliman; mandó á los tschauschs que le cortaran la barba con un sable, que era la injuria mas afrentosa que podía hacerse á un otomano. Indignado y desesperado Hassan, montó á caballo al salir del palacio, y haciendo gala del ultraje inmerecido, recorrió la ciudad y las filas de los genizaros mostrando su faz deshonrada, acusando la ingratitud y la demencia de un ebrio, y proclamándolo indigno de mandar á los creyentes.

A aquel aspecto, á aquel gesto, á aquellas palabras de Hassan, el pueblo y la tropa repudian á Soliman y abren las puertas á Muza. Despierto al fin Soliman, solo tiene tiempo para montar el caballo árabe mas veloz que tiene en sus caballerizas, y para huir seguido solamente de tres ginetes de su guardia hácia los bosques del camino de Constantinopla.

Al despuntar el día, cinco hermanos, arqueros del pueblecillo turco de Dugundji, que iban á cazar al monte, habiendo visto de léjos cuatro hombres montados en caballos de lujo, magníficamente equipados y creyendo reconocer entre ellos al sultan por la riqueza de su caftan y de sus armas, acudieron de lo alto de una colina para contemplarlo mas de cerca

y prosternarse delante de su soberano. Pero Soliman, turbado todavía por el vino y viendo en aquel entusiasmo una amenaza, disparó una flecha que mató al mayor de los cinco hermanos y luego otra que mató al segundo. En presencia de estos homicidios sin provocacion, los tres hermanos apuntan á la vez al corazon del sultan, que cae herido mortalmente al lado de su caballo. Los arqueros cortan la cabeza al homicida y la llevan á la villa, dejando su cuerpo para pasto de los buitres del bosque.

Así pereció Soliman, víctima del único vicio que deshonoró su vida. Tenia el corazon de un héroe, la inteligencia cultivada, pero el alma sensual. Sus pueblos, que lo despreciaban, no podian prescindir de quererlo. En sus momentos lúcidos, tenia un gusto refinado por la poesía, la literatura, las artes : sobre todo amaba la poesía persa que mezcla, en *Hafiz*, cierta sabiduría mística con las imágenes voluptuosas de Salomon, de Horacio y de Anacreonte. Colmaba de dones y trataba familiarmente á los poetas turcos que comunicaban á su alma la noble embriaguez que daba el vino á sus sentidos. Sus favoritos eran Hamza y particularmente Ahmed, dos hermanos que cantaban y escribian á la vez la historia de su tiempo. Les permitia ciertas libertades de las que despojan al soberano de la majestad para

autorizar la igualdad de los epigramas. Lo mismo sucedia con Timur, quien habia dicho á Ahmed un día que se bañaba :

« ¿ Cuanto crees que valgo desnudo ?

« — Ochenta aspros, respondió el poeta. — Exactamente el valor de mi traje de baño, repuso Timur. — Cierto, de tu traje hablo, replicó Ahmed, « por que tú no vales un aspro. »

El emperador se respetó á sí mismo bastante para perdonar al poeta esta licencia, y aun para pagarle con nuevos favores aquella atrevida aunque cínica verdad. La *Alegria y la Lira*, otro poema turco de uno de los poetas de la corte de Soliman, respondió á la literatura licenciosa de este Sardanápalo de Andrinópolis que encanta aun los festines y los harens del Oriente.

## VII

Apénas fué Muza proclamado sultan, vengó en los tres hermanos que se habian visto obligados á matar á Soliman, la sangre de Othman. Despues de haber recibido de sus manos la cabeza que le habian traído

ellos mismos, los mandó cargar de cadenas, los envió otra vez á su pueblo, y habiendo dado orden á todos los habitantes de Dugundji de volver á sus casas los quemó vivos dentro de sus hogares.

« Mi hermano debia morir, dijo, pero no por la « mano ignoble de esos esclavos ! »

Parecia que solo alentaba la venganza. Ansioso de castigar la traicion de los servios que lo habian abandonado durante la batalla que se dió bajo los muros de Constantinopla, marchó con sesenta mil hombres á Servia, devastó el país, pasó á cuchillo á millares de prisioneros, y habiendo hecho amontonar y nivelar sus cadáveres, los hizo cubrir con un mantel y dió sobre aquella horrible mesa á sus soldados un banquete de venganza en el que el vino se mezclaba con la sangre de los servios.

Al regreso de esta expedicion, sitió á Constantinopla. Manuel Paleólogo, temiendo la pérdida de su capital, llamó á Mohammed, que reinaba en Brusa para oponer un hermano á otro hermano. Suministróle buques para atravesar la Propóntide y lo recibió en Scutari, arrabal asiático de Constantinopla. Este refuerzo desconcertó á Muza.

Evrenos Beg, ese viejo general que habia servido bajo cuatro reinados, y á quien Muza habia condeñado á una posicion subalterna que humillaba su

vejez y su rango en la corte, aconsejó secretamente á Mohammed que pasara con resolucion á Europa y que fuera á sublevar los servios contra Muza. Mohammed, á quien Evrenos habia facilitado la empresa, siguió este consejo. Reforzado por los servios y por los vasallos montañeses de Evrenos, Mohammed volvió á caer sobre Andrinópolis por el valle de Philoppopolis.

Abandonado Muza por la mayor parte de sus aliados, se defendia con siete mil genizaros que habia retenido pagándoles un sueldo exorbitante con los recursos del tesoro. Los dos ejércitos se encontraron inopinadamente cara á cara en las faldas del Hemus. El aga de los genizaros, Hassan, que despues de haber sido ultrajado por Soliman que le habia hecho cortar la barba, abrazó el partido de Mohammed, se adelantó solo á caballo hácia el frente de sus antiguos compañeros de armas al servicio de Muza, y dirigiéndoles sus quejas en alta voz :

« Porqué tardais, hijos míos, les gritó, en venir á « uniros con vuestro general, para servir con él la « mas justa de las causas, con un príncipe valiente y « agradecido, contra otra á quien abandona la for- « tuna, y que va á envolver en su propia ruina á sus « mismos defensores ! »

## VIII

Muza, que oyó con indignacion aquellas provocaciones á la desercion que Hassan dirigia á sus genízaros, se lanzó á él con el sable en la mano, seguido por un grupo de caballeria. Habiendo Hassan vuelto bridas para alejarse, Muza lo abrió desde el hombro hasta el corazon con un golpe de yatagan. Iba á repetir, cuando un ginete, esclavo de Hassan, queriendo parar el segundo golpe que amenazaba á su señor, cortó él mismo el brazo al sultan, que cayó al suelo con el sable en la mano. La sangre de Muza difundió el terror entre su ejército, que se dispersó por todas partes, perseguido por la caballeria de Mohammed. Muza, abandonado otra vez mas, hizo vendar su brazo mutilado con la muselina de un turbante, huyó sin saber por donde al galope á favor de la oscuridad, y se refugió en los pantanos que guarnecen el Maritza, esperando penetrar en la Bulgaria. La sangre que perdió por la herida debilitó sus fuerzas, y al dia siguiente se encontró su cadáver sumergido en el fango, al lado de su caballo, que parecia que aguar-

daba que su señor despertase. Corrió por el imperio la noticia de que Muza no habia muerto de resultas de su herida, sino que habia sido extrangulado al huir por dos de sus generales que lo seguian, y que cansados de los desastres de la guerra civil de diez años, habian querido salvar el imperio sacrificando á uno de los sultanes.

Muza no dejó mas recuerdo que el de su ambicion y el de las vicisitudes de su fortuna. Mas aventurero que soberano, vivió como rebelde y murió como soldado.

## IX

Mohammed ó Mahomet I<sup>o</sup> no heredó la paz con la muerte de su competidor. Toda el Asia, durante su reinado, fué presa de insurrecciones suscitadas por los príncipes turcomanos, que habia restablecido Timur en sus tronos, alentando despues su independancia. Reinaba á costa de vencer. Su infancia, pasada en los campamentos, habia hecho para él de la guerra una necesidad y del valor un hábito. Su aire marcial correspondia á su temperamento belicoso. Aun en la flor

de los años, la frente alta, el rostro ovalado, los ojos negros, sombreados por cejas persas, como el arco de los tártaros, la tez colorada por una sangre rápida y generosa, la boca llena de gracia, el pecho ancho y prominente, los hombros robustos, los brazos desmesuradamente largos como los de los pueblos que manejan el sable, una fisonomía que los historiadores describen participando de la nobleza del águila y la majestad del leon, una elegancia y un lujo en los trajes que realzaba esta belleza natural, en fin, una disposicion completamente magnánima y agradable de carácter que recordaba la caballería árabe y que le hacia dar el dictado intraducible de *Tchelebi*, cuyo sinónimo mas propio es en las lenguas de Occidente el de *caballero*. Todo excitaba á favor de Mohammed *Tchelebi*, ó Mahomet I, la estimacion, el amor, la esperanza de los otomanos. Su gloria precoz unia el prestigio á sus derechos. Habia podido ser acusado en su infancia de ambicioso, por no haber cedido su parte de imperio ó de herencia á Soliman y á Muza. Pero no se debe olvidar que la herencia por derecho de primogenitura no era entónces en Oriente la ley del trono, y que cuando el padre no habia nombrado sucesor, la herencia se dividia ó hacia pedazos entre todos. Además, los vicios y los crímenes de sus hermanos justificaban mas que suficientemente á los ojos de

los otomanos las pretensiones del único de los hijos de Bajazet, que prometió un restaurador al imperio.

## X

Apénas se reunió en un solo poder otomano la Europa y el Asia en manos de Mahomet I con la muerte de Muza, cuando el débil emperador de Bizancio, forzado, como ya se ha visto, á concluir tratados contradictorios con los tres competidores al trono de Bajazet, se habia apresurado á reclamar el beneficio del que habia celebrado con Mahomet. El sultan, que no tenia mas pensamiento que el de reconstituir la unidad, rota por un momento, de su casa y de su raza, tranquilizó al emperador de Constantinopla respecto del espíritu de conquista de los turcos, aplazada para otros tiempos, y restituyó á los Paleólogos todas las ciudades y todas las provincias que Soliman, Muza y él mismo habian arrancado momentáneamente del imperio griego en Tesalia y en el golfo de Salónica.

« Decid al emperador de Constantinopla, mi padre, respondió á los enviados de Manuel Paleólogo

« con una cordialidad graciosa y filial, que gracias á  
 « su apoyo, he tenido la fortuna de volver á ocupar  
 « los dominios de mis mayores, y que en recompensa  
 « de los votos que ha hecho por mi causa seré fiel  
 « y leal con él como lo es un hijo con aquel á quien  
 « debe la vida. »

Los embajadores de la Hungría, de la Servia, de la Bulgaria y de los príncipes cristianos del Peloponeso acudieron á Andrinópolis para felicitarlo y reanudar con él las antiguas relaciones pacíficas interrumpidas por diez y siete años de agitacion y de vicisitudes.

« Decid á vuestros señores, les respondió á todos  
 « con un orgullo modesto que no se ruborizaba de  
 « conceder ni aceptar la reconciliacion general,  
 « decidles que á todos les otorgo la paz, y que de to-  
 « dos la recibo con gratitud. Qué el Dios de paz acon-  
 « seje su sabiduría y la justicia á aquellos que ten-  
 « gan intencion de romperla ! »

## XI

Pero mientras que el afortunado Mahomet I calma-  
 ba y reconstituía así la Turquía de Europa, el príncipe

de Caramania turbaba de nuevo el Asia. Secundado por los otros príncipes turcomanos y por el traidor Djuneyd, príncipe de Esmirna, infiel á todos los juramentos y desagradecido á toda indulgencia, el príncipe de Caramania llegó con un ejército confederado hasta el pié de los muros de Brusa. Torció el curso de los torrentes del Olimpo, que surtian á la ciudad, y ya estaba á punto de obligar á los habitantes á una capitulacion, por falta de agua, cuando un acontecimiento casual, que pareció á los caramanios un prodigio, el cortejo que llevaba el cuerpo de Muza al sepulcro de sus padres llegó á cierta distancia del campamento de los sitiadores. Una escolta de caballería turca, del ejército de Mahomet, acompañaba el féretro para honrar los restos mortales de un enemigo.

A la vista de aquel féretro y de aquellas armas, Caraman sintió ó un terror ó un remordimiento que corria como un hielo por todo su ejército. Los turcomanos huyeron ante el aspecto del ataúd del último de los pretendientes al trono de Bajazet. Conocieron sin duda que Mahomet I, sin rival en lo sucesivo, seria un enemigo demasiado terrible para ellos, y que no era ya ocasion de hacer la ofensa imperdonable destruyendo su capital.

« Cobarde, exclamó uno de los aliados de Cara-

« man, envuelto apesar suyo en aquel terror pánico,  
« si huyes así de los muertos, que harías en presen-  
« cia de un enemigo vivo? »

Pero Caraman, que habia perdido á su padre en las cárceles de Bajazet donde Timurtasch lo habia condenado á muerte, se contentó con vengar sus manes con odiosas represalias, destrozando el sepulcro de Bajazet, situado en los jardines exteriores de Brusa, profanando los despojos del enemigo de su familia y echándolos al fuego.

## XII

Cuando tuvo Mahomet noticia de esta confederacion armada contra él, fletó buques griegos para atravesar la Propóntide, marchó con sus aguerridos veteranos á socorrer á Brusa, y á conquistar el imperio de su padre en Asia. No encontrando á los enemigos en Brusa se dirigió á Pérgamo, ciudad griega de la Anatolia que habia incorporado Djudneyd en su principado de Esmirna. Pérgamo, Kima, los castillos de la llanura de Mainomenos, fortificados por Djudneyd, cayeron despues de muchos asaltos en poder de Mahomet y de su general Bayezid-Bajá, compañero de

todas sus glorias. Un albanés de esta raza aventurera que tomaba ya parte en todas las guerras con ó contra los turcos, llamado Audulas, defendió hasta el último extremo las murallas de Nymfeon, una de las plazas fuertes de Djuneyd. Animaba á Bayezid-Bajá la sed de venganza personal en el ataque obstinado de Nymfeon, en donde perecieron muchos miles de sus soldados.

Djuneyd era padre de una hija única, cuyos hechizos, alto nacimiento y tesoros estimulaban á los príncipes y guerreros mas famosos entre los otomanos á solicitar su mano. Bayezid-Bajá, visir de un sultan, general en jefe de sus ejércitos, se habia creído con títulos suficientes para pedir su hija en matrimonio al príncipe de Esmirna. Djuneyd convocó su divan en Pérgamo al recibir este mensaje. Hizo comparecer al enviado de Bayezid-Bajá en presencia de sus cortesanos y de sus guerreros, y despues de haber oido con rostro desdenoso la peticion del mensajero, se volvió hácia el albanés Audulas, que asistia al consejo. « ¿Quién eres tú? dijo á Audulas, como si no lo hubiera conocido hasta aquel dia.

- Tu esclavo, respondió Audulas inclinándose.
- ¿Dónde has nacido? prosiguió Djuneyd.
- En Albania.
- ¡ Pues bien ! repuso Djuneyd dirigiéndose á los

testigos de aquella escena, declaro libre á este esclavo albanes, y á él le concedo la mano de mi hija. Tú, continuó Djuneyd apostrofando con desprecio al enviado de Bayezid-Bajá, vé á decir á tu señor lo que has oido; he elegido por yerno á un esclavo albanés como él, pero mas jóven y mas digno que él de defender ó atacar un imperio.

Aquel insulto habia quedado grabado con fuego en el corazon de Bayezid. Despues de la rendicion de Nymfeon, en donde el intrépido Audulas no habia podido encontrar la muerte sobre la brecha, Bayezid Bajá condenó á su rival, hecho prisionero, á la degradacion de su virilidad, y á servir de eunuco en su haren.

### XIII

Mahomet I sitió en persona á Djuneyd en Esmirna. Los caballeros de San Juan de Jerusalem, convertidos en caballeros de Rodas, lo ayudaron á rodear á Esmirna de fortalezas levantadas contra sus murallas. Esta guerra no era, como la de Timur, una guerra de religion, de exterminio, y de raza á raza. Todos

los príncipes cristianos y todas las repúblicas cristianas que poseian puertos, castillos, provincias en la Jonia, en el Archipiélago ó en la Grecia, se unieron espontáneamente al sultan contra el bárbaro, infiel á tantos señores, que habia levantado su dominacion sobre las ruinas de Esmirna, aprovechándose de la anarquía del imperio de Bajazet I. La ciudad, que no veia por todas partes, en los flancos de sus montañas y en su golfo mas que enemigos, tembló detrás de sus murallas.

La madre, las mujeres, los hijos de Djuneyd, á quien este príncipe habia encerrado en Esmirna como en un asilo inexpugnable, salieron muy pronto como suplicantes de la ciudad, y fueron á prosternarse á los piés de Mahomet, para implorar su misericordia. El sultan, tan generoso y caballeresco como el sobrenombre de Tchelebi indicaba, los levantó con bondad, y no les pidió mas rescate que la capitulacion de la ciudad. Se contentó por toda venganza y seguridad, con derribar los fuertes y las murallas de Esmirna, á fin de que la tercera ciudad del imperio no volviese nunca á ser asilo de la rebeldía ó amparo de la traicion de un vasallo.

El gran maestro de los caballeros de Rodas, que habia pedido que se dejara en pié el castillo de su órden, reedificado sobre los cimientos del que habia

arrasado Timur, y expuesto al sultan que su reconstruccion interesaba al papa, protector de su órden y de todos los cristianos :

« Yo quisiera, le respondió con tanta bondad como  
 « prevision, yo quisiera, señor maestre, ser el padre  
 « de todos los cristianos de la tierra y poder distri-  
 « buirles presentes y honores, porque es necesario  
 « que los príncipes recompensen á los buenos y cas-  
 « tigen á los malos; pero conviene tambien tomar  
 « en consideracion el bienestar de sus propios súb-  
 « ditos, y atender á lo que me han pedido muchos  
 « musulmanes. Aunque Timur haya devastado toda  
 « el Asia, ha adquirido, segun me dicen, un título á  
 « nuestra gratitud demoliendo el castillo de Esmirna,  
 « porque en él encontraban seguro asilo todos nues-  
 « tros esclavos fugitivos; además, los hombres libres,  
 « que viajaban por mar y tierra, eran conducidos  
 « allí para condenarlos á la esclavitud, lo cual daba  
 « lugar á guerras perpetuas entre los caballeros de  
 « la órden y los turcos. Timur, el impío guerrero  
 « tártaro, fué generalmente alabado por esta medida.  
 « ¿Quieres tú que sea yo mas impío que este tirano?  
 « Pero para satisfacerte, al paso que cumplo los vo-  
 « tos de los musulmanes, te señalaré en el territorio  
 « de Mentesché otro punto en donde puedas levantar  
 « un palacio-fuerte, »

El gran maestre solicitó que se le concediera el terreno para él en los dominios otomanos, y no en las tierras que poseian en aquellas playas los cristianos.

« Mio es lo que te doy, respondió Mahomet, porque  
 « el príncipe de Mentesché es mi vasallo. »

La madre, las mujeres, los hijos de Djuneyd lograron fácilmente con sus lágrimas que el sultan perdonara al rebelde. Mahomet lo recibió, le restituyó su familia y sus bienes y se conformó con alejarlo del teatro de sus intrigas, relegándolo á Servia, á la corte de su aliado el rey Sisman, hijo de Lázaro, que habia abrazado la religion del profeta.

## XIV

La toma de Esmirna y la rendicion de Djuneyd acarreó la sumision de todos los principados y de todas las ciudades que separan la Jonia de la Carmania. Koniah, reconquistada por él, vió firmar la paz general del Asia Menor. La infidelidad de los Caramanios turbó de nuevo esta paz apenas concluida. Mahomet, que volvía á Brusa, cayó enfermo de im-